

Ducado y la Vieja Prusia del territorio ruso era la siguiente.

El curso superior del Bug y también el curso superior del Narew, afluentes uno y otro del Vístula, formaban en sus diversas inflexiones la línea fronteriza del Gran Ducado a la parte de Rusia. Después de seguir esta línea fronteriza ya el Bug, ya el Narew, desde Brezese-Litouski hasta Grodno, unía al Niemen con este punto, y se prolongaba a la margen del río, elevándose al Norte, y separaba así la Polonia propiamente dicha de la Lituania. En Kowno, tomando el Niemen definitivamente su dirección hacia el Oeste y corriendo a Tilsit, separaba, no ya la Polonia, sino la Vieja Prusia de Rusia. De consiguiente, la línea fronteriza que se había de cruzar, corría al Norte desde Brezese a Grodno, siguiendo el Niemen, y, por último, torciendo de pronto hacia el Poniente cerca de Kowno iba hasta Tilsit, y continuaba el curso del Niemen desde este punto. Así, pues, hacía un recodo a su extremidad Norte cerca de Kowno, y era por donde Napoleón había resuelto pasar el Niemen, para recuperar de un solo golpe, trasladándose junto al Dwina y el Dnieper, todos los restos de la antigua Polonia, punto donde se detendría tal vez, según las circunstancias, ó desde el cual también acaso partiría para forzar las fronteras de la antigua Rusia y engolfarse en sus vastas llanuras.

Sus razones fueron éstas. Para penetrar en Rusia se presentaban cuatro caminos: uno al Mediodía, dirigiéndose al Este por las provincias meridionales del imperio ruso, cruzando el Bug por Brezese, siguiendo la orilla derecha del Pripet hasta que desagua en el Dnieper más arriba de Kiew, atravesando por consiguiente la Volhynia, antigua provincia polaca, y declinando desde Kiew hacia el Norte para dirigirse a Moscou por las más hermosas provincias del imperio; el segundo, trazado entre el Mediodía y el Norte, dirigiéndose al Nordeste por Grodno, Minsk, Smolensko, en plena Lituania, pasando por entre el agujero que separa el Dwina del Dnieper, y tirando después a Moscou por la línea más corta; el tercero, paralelo al anterior, si bien situado un poco más arriba, yendo por Kowno, Wilna, sobre el agujero del Dwina y el Dnieper, penetrando por Witepsk en la Vieja Rusia, en vez de penetrar por Smolensko, y desembocando igualmente en Moscou; y, por último, el cuarto, abierto en derechura hacia el Norte por entre las provincias septentrionales del imperio ruso, por Tilsit, Mitau, Riga, Nerva, para ir a parar a San Petersburgo.

De estos cuatro caminos, el del Mediodía por Brezese y Kiew, y el del Norte por Tilsit y Riga, tenían el inconveniente de los partidos extremos, y eran inadmisibles para un hombre de juicio tan seguro como el de Napoleón en materia de grandes operaciones militares. Uno y otro exponían al invasor a una formidable maniobra por parte de los rusos, que reconcentrados en Lituania, podrían lanzarse en masa por Kobrin, Pinks ó Mosyr sobre el flanco del ejército que marchara a Kiew, ó por Witepsk y Polostk sobre el flanco del ejército que marchara a San Petersburgo. Cada uno de estos dos caminos extremos tenía además sus inconvenientes particulares. El que, atravesando las provincias meridionales, pasaba por entre la Volhynia y la Galitzia recorría hermosos países, pero colocara al ejér-

cito francés bajo la dependencia absoluta del Austria, y ponerse en manos de esta potencia del todo equivalía a proporcionarla peligrosas tentaciones. El que se elevaba al Norte no recorría más que provincias cubiertas de pantanos y matorrales, bajo el clima más áspero de Rusia, y en comarcas donde el suelo no hubiera proporcionado la más mínima porción de subsistencia a las tropas.

No había, pues, que pensar en ninguna de estas dos vías, y sólo cabía elegir entre las otras dos intermedias, ambas al Norte, ambas terminando en Moscou, sin perjuicio de una marcha a San Petersburgo por medio de una inflexión al Norte, ambas penetrando asimismo por el agujero que separa las fuentes del Dwina y las del Dnieper: una por Grodno, Minks y Smolensko, otra por Kowno, Wilna y Witepsk.

Después de un maduro examen prefirió Napoleón el último de estos dos caminos. Aunque más corto el primero de Grodno a Minks, costaba la parte más cenagosa del país conocida con el nombre de Pantano de Pinks, donde mediante un choque vigoroso del enemigo, podía ser uno lanzado para no salir de allí nunca. Aunque el segundo, algo menos directo, llevando de Kowno a Wilna, capital de la Lituania, y de Wilna a Witepsk, atravesaba países áridos, como lo eran, por otra parte, cuantos había que recorrer, no presentaba el mismo inconveniente que el anterior, y además, y esto debía decidir definitivamente en su favor la preferencia, proporcionaba el medio seguro de cortar al enemigo en dos masas, que podrían muy bien no verse ya juntas en el resto de la campaña.

Tal como ya se podía entrever la distribución de las fuerzas rusas, era efectivamente adecuada a confirmar a Napoleón en la idea que meditaba y había concebido desde que le llegaron los primeros informes de la hueste contraria.

Aun cuando los rusos tuvieran sus avanzadas en su misma frontera, junto al curso superior del Bug y del Narew, y todo a lo largo del Niemen, no habían considerado, sin embargo, más que al Dwina y al Dnieper como verdadera línea de defensa. Ya hemos indicado que estos ríos nacen como a veinte leguas uno de otro, para correr el Dwina hacia el Báltico y el Dnieper hacia el mar Negro, y presentan, salvo la abertura que existe entre Witepsk y Smolensko, una línea continua é inmensa, que se dirige desde el Noroeste al Sudeste y cruza todo el imperio desde Riga a Nicolaieff. No bien comenzaron los rusos la concentración de sus fuerzas, formaron naturalmente dos reuniones principales, una junto al Dwina, desde Witepsk a Dunaburgo, otra junto al Dnieper, desde Smolensko a Rogaczew, y estas reuniones se convirtieron poco a poco en dos ejércitos que avanzaron, el primero hasta Wilna, el segundo hasta Minks, con el designio de unirse más tarde, ó de obrar separadamente, según las circunstancias. Pero ambos tenían su base en la línea que acaba de ser descrita. El primero, mandado por el general Barclay de Tolly, establecido junto al Dwina, con su cuartel general en Wilna y sus avanzadas en Kowno junto al Niemen, debía recibir las reservas del Norte del imperio. El segundo, mandado por el príncipe Bagratión, establecido junto al Dnieper, con su cuartel general en Minks, y sus avanzadas en Grodno junto al Niemen, debía recibir las

reservas del centro del imperio, y darse la mano por medio del ejército del general Tormasoff con las tropas de Turquía. Tal era la distribución de las fuerzas rusas interin se adoptaba en Wilna un partido definitivo sobre el plan de campaña. Natural era esta distribución según la configuración de los lugares, y aun no se podía tachar de falta, sabiéndose resolver a tiempo ante un contrario tan ejecutivo como aquel con quien se iba a venir a las manos.

Napoleón, que entre otras dotes del genio militar poseía en el más alto grado la de adivinar el pensamiento del enemigo, entrevió casi a las claras esta distribución de las masas rusas. Con las noticias siempre confusas, á menudo contradictorias de los agentes enviados de reconocimiento, descubrió perfectamente la existencia de un ejército del Dwina, de otro del Dnieper, habiendo debido avanzar el primero en la dirección de Wilna y Kowno, el segundo en la dirección de Minks y Grodno; aquél de ciento cincuenta mil hombres, según se decía, a las órdenes de Barclay de Tolly, y éste de cien mil a las del príncipe Bagratión. Poco le importaba el número, como que sólo en primera línea llevaba cuatrocientos mil hombres; la única circunstancia que debía considerar era la disposición de las fuerzas contrarias.

Inmediatamente abrazó su partido. Según se acaba de ver, el Niemen corre al Norte desde Grodno a Kowno, y torciendo después de pronto, corre a Poniente desde Kowno a Tilsit. Adelantándose Napoleón sobre Kowno y hacia el seno mismo del ángulo formado por el Niemen, no tenía más que cruzarlo por el mismo Kowno con una masa de doscientos mil hombres, trasladarse a Wilna con aquel vigor fulminante que señalaba siempre el principio de sus operaciones, y colocándose allí entre el ejército de Barclay de Tolly ó del Dwina y el ejército del príncipe Bagratión ó del Dnieper, quedaba seguro de separar al uno del otro para el resto de la campaña. Hasta podía adelantarse a Moscou, si quería, no teniendo a su izquierda y a su derecha más que los restos divididos del poder ruso.

Además de esta principal ventaja, este modo de operar tenía otras ventajas accesorias de interés no pequeño: penetrando en el fondo de este ángulo, cuya cima se hallaba en Kowno, se marchaba llevando cubiertas las alas por los dos lados del ángulo mismo. Cruzando el Niemen por Kowno, y avanzando hasta Wilna, se encontraba al paso el Wilia, río navegable, que venía a ser de esta suerte una prolongación preciosa. Por último, penetrando en Wilna, se descargaba el primer golpe, cuyo efecto moral debía ser muy grande, pues se expulsaba a Alejandro de su primer cuartel general; y se tomaba la capital de la Lituania, lo cual no era de mediocre importancia para los polacos.

Una vez concebidas estas miras, dignas de su genio, ocupóse Napoleón en realizarlas. De consiguiente, determinó reunir bajo su mano, para hacer punta a Kowno, los cuerpos de los mariscales Davout, Oudinot, Ney, la guardia imperial, y además dos de los cuatro cuerpos de reserva de caballería. Esta era una masa de cerca de doscientos mil hombres, después de algunas reducciones operadas en los efectivos por lo largo de las marchas. Mientras con esta masa abrumadora, y compuesta de lo mejor que había, se adelantara Napoleón por Kowno

sobre Wilna, el mariscal Macdonald, de quien no quedó contento en Cataluña, pero de quien hacía caso para la gran guerra, debía pasar el Niemen por Tilsit a su izquierda, tomar posesión de las dos orillas, ahuyentar de allí a los cosacos, y asegurar la navegación de nuestros convoyes. Napoleón le había formado un cuerpo de cerca de treinta mil hombres con la división polaca de Grandjeán, y con el contingente prusiano, reducido a diez y seis ó diez y siete mil hombres, por efecto de las guarniciones dejadas en Pillau y otros puntos.

Objeto de las operaciones ulteriores del mariscal Macdonald debía ser la Curlandia. A su derecha había preparado Napoleón otro paso del Niemen, encargándosele al príncipe Eugenio. Este príncipe, que formaba recientemente en Plock el centro del ejército y que en este momento iba a formar su derecha, con las tropas francesas é italianas partidas de Verona, con la guardia real italiana, con los bávaros y con el tercer cuerpo de la caballería de reserva, mandado por el general Grouchy, componiendo un total de cerca de ochenta mil hombres, debía pasar el Niemen algo más abajo de Kowno por un lugar llamado Prenn. Todavía más a la derecha y más al Sur, esto es, en Grodno, debía el rey Jerónimo cruzar el Niemen con los polacos, los sajones, los westfalianos y el cuarto cuerpo de caballería de reserva, mandado por el general Latour Maubourg. Esta extrema derecha contaba cerca de setenta mil hombres. Eran trescientos ochenta mil combatientes, formando con los parques un total de cuatrocientos mil hombres, llevando consigo mil bocas de fuego abundantemente municionadas, independientemente de una reserva de ciento cuarenta a ciento cincuenta mil hombres dejados a la espalda, en la cual había sesenta mil enfermos, muchos de ellos atacados de leves indisposiciones, con todos los cuales se sumaban los seiscientos ó seiscientos diez mil hombres de que hemos hablado. Conviene notar que ya se había elevado de cuarenta a sesenta mil el número de enfermos, por las marchas del Elba al Óder, del Óder al Vístula, del Vístula al Niemen. No entraban en la cuenta de este ejército colosal los treinta mil austriacos, que habían partido de Galitzia para dirigirse a Brecesca, y los cuales hacían subir a cerca de seiscientos cuarenta mil el número de los soldados empleados en esta cruzada de las naciones occidentales contra Rusia, cruzada emprendida desgraciadamente en una época en que estas naciones, más sensibles al mal presente que al peligro futuro, preferían reunir sus fuerzas contra Francia a reunir las contra Rusia.

Napoleón había prescrito a su hermano Jerónimo que, si descubría que el príncipe Bagratión remontaba la orilla derecha del Niemen desde Grodno a Kowno, imitase este movimiento remontando la orilla izquierda, y se arrimase así al príncipe Eugenio, mientras éste se arrimaba a la masa principal de las tropas. Si el príncipe Bagratión, por el contrario, atrayendo a sí el cuerpo de Tormasoff, que estaba en Volhynia, operaba el movimiento opuesto, para lanzarse sobre Varsovia y los austriacos, se debía aprovechar de esta buena fortuna, dejarle hacer, avisar a los austriacos para que se replegasen sobre Varsovia y Modlin, y luego, cuando el príncipe Bagratión estuviera bien engolfado por la izquierda y a nuestra espalda, de manera de no serle

posible el retroceso, se le echaría encima y le coparía con toda su gente, como fué copado Mack siete años antes en Ulm.

Después de ordenar muy al pormenor estas vastas disposiciones salió Napoleón de Königsberg el 17 para trasladarse sucesivamente á Vehlau, Insterburgo, Gummenn, junto al Prégel, río que corre paralelo al Niemen, si bien algunas leguas más atrás y á cuya orilla habían llegado á situarse todos nuestros cuerpos de ejército para recibir sus víveres. Pasólos revista; halló al de Davout perfectamente dispuesto y provisto; al de Oudinot algo trabajado por la marcha y el hambre, pues había atravesado un país menos rico, y con medios de transporte no tan bien organizados; al de Ney en el mismo estado por iguales causas. Convenientemente provista la guardia tenía la actitud que correspondía á su bienestar y á su disciplina. Los veintidós mil jinetes de los generales Nansouty y Montbrún, de los cuales la mitad eran coraceros, presentaban á las órdenes de Murat sus magníficos escuadrones, y mostraban un extraordinario ardimiento. No formaban más que la mitad de caballería perteneciente al ejército principal que Napoleón dirigía en persona, pues había un número casi igual distribuído en los cuerpos de Davout, Oudinot y Ney. Por medio de los carros ya llegados, apresuróse Napoleón á prescribir que se trasladaran de Vehlau á Gumbinnen bastantes raciones para que cada uno tuviera por lo menos víveres para seis días en lugar de diez que había esperado reunir para las primeras operaciones. Delante destacó la caballería de reserva á las órdenes de Murat, la reserva de artillería, los trenes de puente, y previno al mariscal Davout que los escoltara con su cuerpo sobre Wilkowitz, para estar del 22 al 23 delante de Kowno.

Mientras estaba en Gumbinnen, un secretario de legación, Mr. Prevost, llegó á anunciarle que el general Lauristón no había podido conseguir trasladarse á Wilna, lo cual, sabido algunos días antes, fuera un agravio muy útil de que echar mano y que hacer valer cerca de la corte de Rusia. Mas ya no era tiempo, y por otra parte se habían suministrado á Mr. de Lauristón suficientes motivos, visto lo serio de polémica semejante, para apoyar la petición de sus pasaportes (1). Sin hacer caso Napoleón de una noticia que nada interesante le revelaba, pues no daba importancia á que Mr. de Lauristón fuese ó no recibido en Wilna, salió de Gumbinnen el 22 y llegó á Wilkowitz el 23, no estando ya separado de Kowno y el Niemen más que por el gran bosque de Wilkowitz. De consiguiente, la hora fatal era para él llegada, y hallábase á orillas de este río, el cual se puede decir que era el Rubicón de su próspera suerte. Todos sus cuerpos se encontraban á orillas del Niemen y ya no podía vacilar en cruzarlo.

Uniformes eran las noticias de su extrema izquierda á su extrema derecha, y revelaban una completa inmovilidad por parte de los rusos. Así sus designios se cum-

(1) Este detalle prueba cuán poco formales son los asertos de los panegiristas y de los detractores de Napoleón, que atribuyen á la vuelta de Mr. Prevost la resolución de la guerra, diciendo unos que no pudo aguantar tantos ultrajes, y otros que se entregó á la ciega cólera de un tirano que no sabe contenerse. Las fechas por sí solas destruyen esas suposiciones de la idolatría ó del encono. (N. del A.)

plían tristemente, y daba de lleno en el lazo que le tendía la fortuna. Sobre su izquierda mandó al mariscal Macdonald que pasara el Niemen por Tilsit sin demora: sobre su derecha recomendó al príncipe Eugenio que se aproximara á Prenn, con el fin de pasar este río lo más pronto posible, y al rey Jerónimo que lo más tarde el 30 se hallara en Grodno. Comunicó todo lo que iba á pasar al duque de Bellune á Berlín para que este mariscal armase á Spandau y estuviese muy alerta, porque se iban á disparar los primeros tiros, y se seguirían grandes sucesos, y respecto de los alemanes importaba tener abierto el ojo y pronta la mano.

Después de pernoctar el 23 de junio en el seno del bosque de Wilkowitz dentro de una pequeña hacienda, y rodeado de doscientos mil soldados, Napoleón desembocó del bosque con este ejército soberbio, y fué á situarse más arriba de Kowno enfrente del río de cuyo paso se trataba. Por todas partes dominaba la orilla que ocupábamos á la orilla opuesta, el tiempo estaba muy hermoso, y veíase correr el Niemen, de nuestra izquierda á nuestra derecha hasta que mansamente desaparecía hacia el ocaso. Nada anunciaba la presencia del enemigo, á no ser algunas tropas de cosacos, que corrían como pájaros salvajes á lo largo de la margen del río, y algunas granjas incendiadas, cuyo humo se perdía en los aires. Después de un esmerado reconocimiento, descubrió el general Haxo legua y media más arriba de Kowno, hacia un sitio llamado Poniemon, un punto en que, formando el Niemen un recodo muy pronunciado, ofrecía grandes facilidades para cruzar de una orilla á otra. Gracias á este sesgo semicircular del río en torno de la margen opuesta, se presentaba á nuestros ojos como una llanura rodeada de todos lados por nuestras tropas, dominada por nuestra artillería, y brindando un punto de desembarque de los más cómodos bajo la protección de quinientas ó seiscientas bocas de fuego. Cogiendo Napoleón la capa de un lancero polaco á tiro de pistola de algunos flanqueadores de caballería, fué á reconocer en compañía del general Haxo aquellos lugares, y hallándolos tan favorables como éste decía, ordenó el establecimiento de los puentes para aquella misma noche (2). El general Eblé, que había hecho llegar sus trenes de barcas, tuvo orden de echar tres puentes, con la ayuda de la división de Morand, la primera del mariscal Davout.

Con efecto, á las doce de la noche del 23 de junio los cazadores de la división de Morand saltaron dentro de algunas barcas; atravesaron el Niemen que por este punto tendría de sesenta á ochenta toesas de anchura, tomaron posesión de la orilla derecha sin disparar un solo tiro, y ayudaron á los pontoneros á fijar las amarras á las cuales se debían atar las barcas. Al acabar la noche se hallaron sólidamente establecidos tres puentes, á cien toesas uno de otro, y la caballería ligera pudo pasar á la opuesta orilla.

Al amanecer el 24 de junio, lo cual en aquel país y aquella estación podía significar á las tres de la madrugada, asomó el sol esplendente y vino á alumbrar con

(2) Se ha negado el hecho del disfraz tomado por Napoleón, pero es auténtico, y consta además por el boletín del paso que redactó Napoleón mismo, y en el cual no mintiera sobre una circunstancia tan poco importante, rodeado de tantos testigos oculares. (N. del A.)

sus rayos una magnífica escena. Leyóse á las tropas, llenas de ardimiento, una proclama corta y enérgica y concebida en los términos siguientes:

«Soldados: ha empezado la segunda guerra de Polonia. Terminada fué la primera en Friedland y en Tilsit... En Tilsit juró Rusia eterna alianza con Francia y guerra á Inglaterra. Hoy viola sus juramentos: no quiere dar ninguna explicación de su extraña conducta hasta que repasen el Rhin las águilas francesas, dejando así á su discreción á nuestros aliados... Rusia es arrastrada por la fatalidad y se deben cumplir sus destinos. ¿Nos cree por ventura degenerados? ¿No somos ya los soldados de Austerlitz? Nos coloca entre la deshonra y la guerra; nuestra elección no puede ser dudosa. Marchemos, pues, adelante, pasemos el Niemen, llevemos la guerra á su territorio. Glorioso será para las armas francesas la segunda guerra de Polonia. Pero la paz que celebremos llevará consigo su garantía, y pondrá término á la influencia funesta que ejerce Rusia ya hace cincuenta años sobre los asuntos de Europa.»

Aplaudida calurosamente esta proclama, bajaron las tropas de las cumbres, formando tres largas columnas que alternativamente asomaban ó desaparecían sumiéndose en las quebradas que desembocaban en el río. Todas las piezas de á doce, colocadas en el semicírculo de las cumbres, dominaban la llanura á la cual iba á salir el ejército, cuidado inútil del todo, porque el enemigo no se presentaba por ninguna parte. Fuera de su tienda y rodeado de sus oficiales, contemplaba Napoleón con su anteojo el espectáculo de esta fuerza prodigiosa, pues si raras veces se ha visto á doscientos mil hombres, obrando á la par en una guerra, más raras veces aún se les ha visto reunidos en un mismo punto y con tal aparato. ¡Y, sin embargo, casi á la misma hora y á corta distancia pasaban otros doscientos mil el Niemen!

La infantería del mariscal Davout, precedida de la caballería ligera, fué la primera que se trasladó á la orilla del río, y pasando cada división á su turno á la opuesta orilla, alineóse en batalla á lo largo de la llanura, la infantería en columnas cerradas, con la artillería en los huecos de una á otra, delante la caballería ligera y detrás la caballería pesada. Siguiéron los cuerpos de los mariscales Oudinot y Ney, la guardia después de ellos, y los parques después de la guardia. Al cabo de algunas horas la orilla izquierda fué cubierta por estas magníficas tropas que, bajando de las alturas de la orilla izquierda, desarrollándose en largas filas sobre los tres puentes, parecían correr á semejanza de tres torrentes inagotables por aquella redonda llanura que llenaba ya con sus apretadas olas. Los rayos del sol centelleaban sobre las bayonetas y los cascos: entusiasmadas las tropas de sí mismas y de su caudillo, lanzaban sin descanso el grito de *¡viva el emperador!* No se debía esperar ni desear de ellas la fría razón que hubiera podido avalorar y prevenir esta fabulosa empresa. Sólo soñaban triunfos y correrías lejanas, pues estaban persuadidos de que la expedición de Rusia iba á acabar en las Indias. A menudo se ha hecho mención de una tempestad repentina (1), llegando como oráculo sinies-

(1) Efectivamente, hubo tempestad, si bien más lejos y algunos días más tarde. Sufríóla el ejército de Italia al pasar el Niemen por Prenn. (N. del A.)

tro á dar un aviso no escuchado. ¡Ah, no fué así! El tiempo no cesó de estar soberbio, y Napoleón, que no había tenido las advertencias de la opinión pública, tampoco tuvo las de la superstición.

Tras de contemplar algunas horas este espectáculo extraordinario, contemplación deslumbradora é infecunda, montó Napoleón á caballo, dejó la altura donde fué levantada su tienda, bajó á su vez á la orilla del Niemen, lo pasó por uno de los puentes, y girando de pronto á la izquierda, precedido por algunos escuadrones, dirigióse á Kowno. Nuestra caballería ligera penetró allí sin dificultad en pos de los cosacos, que se apresuraron á reparar el Wilia, río navegable, según hemos dicho, que desde Wilna corre hacia Kowno y se junta allí con el Niemen, después de cerca de cuarenta leguas del curso más tortuoso. Acompañado Napoleón por los lanceros polacos de la guardia, quería hacerse inmediatamente dueño de las dos orillas del Wilia, con el fin de restablecer allí los puentes y de poder seguir el alcance de la retaguardia rusa. Adivinando los lanceros polacos sus deseos, se arrojaron al río, estrechando sus filas y nadando con todas las fuerzas de sus caballos. Mas llegados al centro de la corriente, y vencidos por su violencia, comenzaron á desunirse y á dejarse arrastrar por las ondas, de manera que hubo que ir en su ayuda con barcos, y se logró salvar así á muchos de ellos. Por desgracia, veinte ó treinta pagaron con la vida este acto de obediencia entusiasta. Inmediatamente fueron establecidas sobre las dos orillas del Wilia las comunicaciones, y desde entonces fué posible remontarlo por las dos márgenes hasta Wilna. Napoleón marchó á dormir á Kowno, después de ordenar al mariscal Davout que escalonara sobre el camino de Wilna sus vanguardias.

Así la suerte estaba echada. Napoleón iba á lo interior de la Rusia al frente de cuatrocientos mil soldados y seguido por otros doscientos mil. ¡Admirad el ímpetu de los caracteres! Dos años antes este mismo hombre, de vuelta de Austria, habiendo reflexionado sobre la lección de Essling un instante, pensó en restituir la paz al mundo y á su imperio; en dar á su trono la estabilidad hereditaria, á su carácter la apariencia de los deleites de la familia, y á impulsos de esta idea unióse en matrimonio á una archiduquesa, enlazándose así con Austria, la corte más rancia y más constante en sus designios. Quería aplacar los odios, evacuar la Alemania y trasladar á España todas sus fuerzas, para obligar allí á la paz á Inglaterra y con Inglaterra al mundo, que no aguardaba más que la señal de ésta para someterse. Tales eran en 1810 sus intenciones, y procurando de buena fe realizarlas, imaginó el bloqueo continental, que debía constreñir á Inglaterra á la paz de resultas de sus sufrimientos comerciales, se esforzó por sujetar á este sistema á Holanda y resistiéndolo ésta, se la arrebató á su propio hermano, unióla á su imperio, y produjo en Europa, de cuyo aplacamiento trataba, la emoción de incorporar por simple decreto un gran Estado á Francia. Después, hallando el bloqueo incompleto, se apoderaba, para perfeccionarlo, de las ciudades anseáticas, Brema, Hamburgo, Lubeck, y como si el león no pudiera descansar más que devorando nuevas presas, añadió á todo el Valais, Florencia, Roma, y hallaba extraño que en alguna parte se ofuscaran sobre tales empresas. Durante este tiempo lanzó sobre Lisboa á

Massena, su principal lugarteniente, para que descargara el golpe mortal sobre el ejército de Inglaterra; y conociendo en el estremecimiento del continente que era menester conservar fuerzas imponentes en el Norte, formaba una gran reunión de soldados junto al Elba; no dedicaba ya de resultas más que fuerzas insuficientes á España; dejaba que Massena, por no ser socorrido, perdiera parte de su gloria; permitía que desde un lugar ignorado como Torres-Vedras surgiese una esperanza para la Europa exasperada, y se levantase un capitán fatal para él y para nosotros. Luego, no consintiendo que Rusia, envalentonada por las distancias, pudiera oponer algunas objeciones á sus miras, trasladaba súbito sus ideas, sus fuerzas, su genio al Norte, para acabar allí la guerra con uno de aquellos grandes golpes á que había acostumbrado al mundo, y acostumbrado mucho más su alma, dejando así lo cierto, que hubiera podido conseguir junto al Tajo, por lo dudoso, que iba á buscar entre el Dnieper y el Dwina, ¡Véase en lo que pararon los designios en este César, soñando un momento de ser Augusto! Y ahora se adelantaba hacia

el Norte, dejando detrás á Francia agotada y disgustada de una gloria sangrienta, á las almas piadosas ofendidas por su tiranía religiosa, á las almas independientes por su tiranía política, y últimamente á Europa sublevada contra el yugo extranjero que hacía pesar sobre ella; y llevaba consigo un ejército donde fermentaban sordamente la mayor parte de estos sentimientos, donde se entendían todas las lenguas, y que no tenía más vínculo que el de su genio y el de su prosperidad invariable hasta entonces. ¿Qué sería á tales distancias de aquel prodigioso artificio de un ejército de seiscientos mil soldados de todas las naciones, siguiendo á una estrella, si esta estrella que seguían llegaba á palidecer de repente? Por desgracia el universo lo ha sabido, y para no olvidarlo nunca; mas para su instrucción conviene enseñarle con el pormenor mismo de los sucesos lo que no ha sabido más que por el rumor de una caída espantosa. Vamos á engolfarnos en este doloroso y heroico relato: gloria la hallaremos á cada paso; pero ¡ay! á la ventura es fuerza renunciar más allá del Niemen.

LIBRO CUADRAGÉSIMO CUARTO

MOSCOU

Prepárase Napoleón á marchar sobre Wilna. — Sus disposiciones en Kowno para asegurar la posesión de esta ciudad y hacer que fuera allí á parar su línea de navegación. — Movimiento de los diversos cuerpos del ejército francés. — Al aproximarse á Wilna encuentra á Mr. de Balachoff, enviado por el emperador Alejandro con el fin de hacer la última tentativa de avenimiento. — Razones que provocaron este paso. — El emperador Alejandro y su estado mayor. — Opiniones reinantes en Rusia acerca del modo de conducir esta guerra. — Sistema de retirada á lo interior propuesto por el general Pfuhl. — Sentimiento de los generales Barclay de Tolly y Bagration con motivo de este sistema. — Al saber Alejandro la llegada de los franceses, se decide á retirarse junto al Dwina al campamento de Drisa, y á dirigir al príncipe de Bagration sobre el Dnieper con el segundo ejército ruso. — Entrada de los franceses en Wilna. — Tempestades de verano durante la marcha del ejército á este punto. — Primeros padecimientos. — Desde el principio de la campaña contraen muchos hombres la costumbre del mordeo. — Por la dificultad de las marchas y de los aprovisionamientos se determina Napoleón á detenerse en Wilna. — Inconvenientes de hacer este alto. — Mientras Napoleón se detiene para juntar sus hombres desbandados y dar tiempo á que lleguen sus convoyes, envía al mariscal Davout hacia su derecha, con el fin de perseguir al príncipe Bagration, separado del principal ejército ruso. — Organización del gobierno lituano. — Creación de almacenes, construcción de hornos, establecimiento de una policía en los caminos. — Entrevista de Napoleón y de Mr. de Balachoff. — Lenguaje inoportuno usado con este personaje. — Operaciones del mariscal Davout á la derecha de Napoleón. — Peligro á que se hallan expuestas muchas columnas rusas, separadas del principal cuerpo de su ejército. — Logra salvarse la columna del general Doctoroff, y son rechazadas las demás sobre el príncipe Bagration. — Atrevida marcha del mariscal Davout hacia Minsk. — Hallándose delante del ejército de Bagration, dos ó tres veces más fuerte que las tropas que manda, pide este mariscal refuerzos. — Napoleón, que medita el proyecto de lanzarse sobre Barclay de Tolly con la mayor parte de sus fuerzas, niega á Davout los socorros necesarios, y cree suplirlos acelerando la reunión del rey Jerónimo á este mariscal. — Marcha del rey Jerónimo desde Grodino á Neswij. — Sus lentitudes involuntarias. — Le pone Napoleón bajo las órdenes del mariscal Davout para mostrar su desagrado. — Ofendido este príncipe, abandona el ejército. — Pérdida de muchos días, durante los cuales el príncipe de Bagration logra salvarse. — Corre el mariscal Davout á perseguirle. — Hermoso combate de Mohilew. — Aunque batido, consigue Bagration retirarse más allá del Dnieper. — Ocupaciones de Napoleón durante los movimientos del mariscal Davout. — Después de organizar sus medios de subsistencia, y de dejar en Wilna gran parte de sus convoyes de artillería y de víveres, se dispone á marchar contra el principal ejército ruso de Barclay de Tolly. — Insurrección de la Polonia. — Recibimiento hecho á los diputados polacos. — Lenguaje reservado con que Napoleón les habla, y motivos de esta reserva. — Partida de Napoleón para Gloubokoe. — Magnífico plan consistente en caer sobre Barclay de Tolly, después de lanzar á Davout y á Jerónimo sobre Bagration, por un movimiento de izquierda á derecha, para rebasar á los rusos y cogerlos por la espalda. — Marcha de todos los cuerpos del ejército francés, desfilando por delante del campamento de Drisa, para trasladarse á Polotsk y Vitebsk. — Los rusos en el campamento de Drisa. — Sublevación de su estado mayor contra el plan de campaña atribuido al general Pfuhl, y presión ejercida sobre el emperador Alejandro para obligarle á que se alejara el ejército. — Este resuelve dirigirse á Moscou. — Barclay de Tolly evacúa el campamento de Drisa, y se traslada á Vitebsk marchando por el otro lado del Dwina, con el fin de juntarse á Bagration. — Napoleón se esfuerza por tomarle la delantera en Vitebsk. — Brillante serie de combates delante y más allá de Ostrowno. — Audaz bravura del ejército francés y tesón del ejército ruso. — Por un momento se espera una batalla, mas los rusos desaparecen para tomar posición entre Vitebsk y Esmolensko y juntarse al príncipe Bagration. — Descaecimiento producido por los excesivos calores, cansancio de las tropas, nueva pérdida de hombres y de caballos. — No pudiendo Napoleón llegar á Esmolensko antes que Barclay de Tolly, y desesperando de impedir que se una á Bagration, se resuelve á hacer un nuevo alto de quince días, para allegar los hombres rezagados y los convoyes de artillería y dejar que pasen los grandes calores. — Su establecimiento en Vitebsk. — Sus acontecimientos en derredor de esta ciudad. — Sus desvelos por su ejército ya reducido de cuatrocientos mil á doscientos cincuenta y seis mil hombres desde el paso del Niemen. — Operaciones en el ala izquierda. — Los mariscales Macdonald y Oudinot, encargados de operar junto al Dwina, deben de bloquear á Riga el uno y de apoderarse de Polotsk el otro. — Ventajas obtenidas en los días 29 de julio y 1.º de agosto por el mariscal Oudinot sobre el conde de Wittgenstein. — Con el fin de proporcionar algún descanso á los bávaros, arruinados por la disentería, y de reforzar al mariscal Oudinot, los dirige Napoleón á Polotsk. — Operaciones en el ala derecha. — Después de incorporarse á Napoleón, el mariscal Davout y parte de las tropas del rey Jerónimo, encarga al general Regnier con los sajones y el príncipe de Schwartzenberg con los austriacos guardar el curso inferior del Dnieper y hacer frente al general Tormazoff, que ocupa la Volhynia con cuarenta mil hombres. — Después de adoptar estas disposiciones y conceder algo de reposo á sus soldados, vuelve Napoleón á emprender las operaciones ofensivas contra el gran ejército ruso, compuesto ya de las tropas reunidas de Barclay de Tolly y de Bagration. — Excelente marcha de izquierda á derecha delante del ejército enemigo para pasar el Dnieper más abajo de Esmolensko, sorprender esta ciudad, coger de revés á los rusos, y arrinconarlos sobre el Dwina. — Mientras Napoleón operaba contra los rusos, éstos pensaban en tomar la iniciativa. — Desconcertados por los movimientos de Napoleón y descubriendo el peligro de Esmolensko, se repliegan sobre esta ciudad con ánimo de socorrerla. — Marcha de los franceses sobre Esmolensko. — Brillante combate de Krasnoe. — Llegada de los franceses delante de Esmolensko. — Inmensa reunión de hombres en torno de esta ciudad desventurada. — Ataque y toma de Esmolensko por Ney y Davout. — Retirada de los rusos sobre Dorogobouga. — Encuentro del mariscal Ney con parte de la retaguardia rusa. — Sangriento combate de Valoutina. — Muerte del general Gudín. — Pesadumbre de Napoleón al ver fracasar una tras otra las más felices combinaciones que jamás hubo imaginado. — Dificultades del terreno y poco favor de la fortuna en esta campaña. — Gran cuestión relativa á determinar si conviene detenerse en Esmolensko, para invernar en la Lituania, ó marchar adelante para precaver los peligros políticos que podían emanar de una guerra prolongada. — Razones en pro y en contra. — Mientras delibera Napoleón, sabe que el general Saint-Cyr, reemplazando al mariscal Oudinot herido, ha ganado una batalla el 18 de agosto sobre el ejército de Wittgenstein en Polotsk; que los generales Schwartzenberg y Reynier, después de diversas alternativas, han ganado otra batalla el 12 de agosto en Gorodeczna sobre el ejér-